

# INEDITO DE HENRY MILLER



**B**AUDELAIRE fue una lluvia de ranas; Rimbaud, una nueva estrella (que continúa fulgurando), y Lautréamont, un negro mensajero anunciador de la muerte de la ilusión y de la subsiguiente pesadilla de impotencia. Aunque sólo se hubiesen producido en todo el siglo XIX esas tres siniestras luminarias, podríamos hablar perfectamente de uno de los más notables períodos de la historia de la literatura. Pero hubo otras: Blake, Nietzsche, Whitman, Kierkegaard, Dostoyevski, por no citar sino algunos. Durante ese sorprendente siglo se franqueó una frontera que ya nadie volverá a cruzar en sentido contrario. ¡Casi todos los países de Europa, e incluso América, contribuyeron a ese «putsch»! Fue el siglo de los grandes gánsters en todos los

senderos de la vida, en todos los campos, incluido el reino celeste. Baudelaire, Rimbaud y Lautréamont fueron los tres mayores bandidos. Y hoy los santificamos. Hoy nos damos cuenta de que no eran más que ángeles disfrazados. Setenta y cinco años después, como un tren descarrilado que encuentra el camino a través de las lagunas pontinas, los cementerios y las transacciones podridas de los financieros, Lautréamont llega a América (ya había llegado otra vez antes, si no me equivoco, pero sin llamar la atención. Igual que Breton puede pasearse por la Tercera Avenida de Nueva York, devorando con los ojos escaparates, sin que nadie se fije en él).

«¡Yo... sigo existiendo como el basalto! En medio, igual que al principio de la vida, los ángeles se parecen a sí mismos: no hace mucho que yo he dejado de parecerme a mí mismo». Así se lamenta Lautréamont en el Canto IV, que se inicia del siguiente modo: «Es un hombre o una piedra o un árbol quien va a comenzar el Canto IV». Y es verdad. El Canto IV no se parece a nada anteriormente inventado, ni siquiera a la cuarta égloga de Virgilio. Pero ocurre lo mismo con los demás Cantos. No se parecen entre sí. Son ángeles lámpara. A veces «muguen como grandes manadas de búfalos que vienen de las pampas». O escupen esperma, como el cachalote, o se autopersonifican, como «el Caballo» olvidado por el Creador en el burdel, para su vergüenza. Para captar el auténtico perfume de estos Cantos hay que imaginarse al joven de Montevideo («muerto, probablemente, de alguna respetable enfermedad burguesa provocada por su modo de vida bohemio y malsano») aporreando las teclas de un piano mientras los compone. No son franceses más que por la lengua elegida. Hay en todos ellos algo de azteca, algo de patagónico. Algo también de la Tierra del Fuego, clavada como un dedo del pie dislocado en las aguas frías circundantes. Y también hay seguramente algo de la isla de Pascua. ¿Seguramente? No, seguro, sin lugar a dudas.

Y yo me pregunto qué impresión va a producir este libro no en los anglosajones, sino en los orientales. Tamerlán no podía suscitar entre sus compatriotas los sentimientos que suscitaba en los que iba a degollar. Del mismo modo, Ramakrishna se ha convertido para Occidente en una especie de «monstruo» del éxtasis. Lautréamont, fiel a sí mismo, se ha apoderado del gong europeo (que durante siglos había estado anunciando su propia muerte) y lo ha deshecho a puntapiés. Esto no le confiere el menor parentesco con Cab Calloway o con Minnie the Mouche, pero le hace parecerse cada vez más a Lautréamont, cosa, para nosotros, insostenible.

Podemos hablar de una nueva Biblia, escrita sobre un nuevo Sinaí expresamente para «la boa de la amoralidad y el monstruoso caracol de la Idiotez». Es un juego en el que participan lo mismo los hermanos enemigos que los monarcas vecinos y el ángel-lámpara. Y no nos es posible fingir que ignoramos su primer y cruel amor, la hembra del tiburón con todas sus aletas desplegadas. Maravilloso. Maravilloso por cualquier lado que se mire y no, como los borrones, de tinta, sólo por aquí o por allá. Es Plutón que sube de los infiernos, Dios y el hombre fundidos en una sola muerte. Entran entonces los

## CRONOLOGIA

- |  |  |
|--|--|
| <p><b>1846</b> (4 de abril): Nace Isidore Ducasse en Montevideo.</p> <p><b>1851</b> Golpe de Estado en Francia. Segundo Imperio.</p> <p><b>1857</b> Flaubet, Madame Bovary (proceso). Proceso a Las flores del mal, de Baudelaire.</p> <p><b>1859</b> (julio): Isidore Ducasse se traslada a Tarbes. Dos meses dura la travesía marítima (octubre). Ingresas como alumno interno en el liceo imperial de Tarbes, donde permanece hasta agosto de 1862.</p> <p><b>1863</b> (octubre): Hasta agosto de 1865, interno en el liceo imperial de Pau, clases de Retórica y Filosofía.</p> <p><b>1867</b> Regresa a Montevideo. Muerte de Baudelaire.</p> <p><b>1867</b> (finales): Isidore, en París. Se aloja en un hotel de la calle Nôtre-Dame-des-Victoires, en el número 23.</p> <p><b>1868</b> (agosto): Se edita el Canto Primero, que aparece sin el nombre de su autor.</p> | <p><b>1869</b> Isidore Ducasse vive en el número 32 de la calle del faubourg Montmartre. El editor Lacroix publica (23 de octubre) los Cantos de Maldoror (del I al IV). Los Cantos son anunciados en el «Boletín trimestral de publicaciones prohibidas en Francia e impresas en el extranjero».</p> <p><b>1870</b> Isidore Ducasse se traslada al número 15 de la calle Vivienne. (Abril): Primer fascículo de las Poesías. (Junio): Publicación de las Poesías (librería Gabrie, dos fascículos en un volumen). Depósito del segundo fascículo en el Ministerio del Interior. (19 de julio): Declaración de guerra a Prusia. (Septiembre): Proclamación de la República. Sitio de París. París amenazada por el hambre. (24 de noviembre): Muerte de Isidore Ducasse en su hotel del número 7 de la calle del faubourg Montmartre.</p> <p><b>1871</b> (28 de marzo): Proclamación de la Comuna. (28 de mayo): aplastamiento de la Comuna.</p> |
|--|--|

Isidore Ducasse, llamado conde de Lautréamont, autor de los "Cantos de Maldoror", murió hace cien años, conmemoración que ya hicimos en las páginas de "Artes, letras...".

Hoy publicamos el trabajo inédito del novelista norteamericano Henry Miller, autor de los Trópicos, "Plexus", "Sexus".

Lautréamont, muerto en París a los veinticuatro años en la soledad de una habitación de hotel, de la calle del faubourg

Montmartre, ignorado durante decenas de años a excepción de algunos contados poetas

—surrealistas—, "sigue vivo y revolucionario", dice Miller.

# LAUTREAMONT

jenizaros de Satanás y su baratija de la máquina. Y después, sinietros, los pájaros y las bestias de Norteamérica. Y Flor Quebrada y Vicente Quebrada, seguidos inmediatamente de ese film titulado «La matanza de los inocentes».

Rimbaud estaba condenado ya al nacer, no tenía escapatoria posible. Sin embargo, nadie se había dado cuenta, antes de que él llegara, de que el sol se había apagado. ¿Verdad que hoy le oís con toda claridad? —lastimeros gemidos apagados durante un naufragio en alta mar, maullidos de gatos en celo, caracoles a los que les han arrancado de cuajo los cuernos brotan en masa. ¡Ah!, claro que habrá otras deliciosas obritas de tipo fantástico; por ejemplo, ese hombre vestido todo de negro, Lewis Carroll—, pero se ha destripado al caballo de una vez para todas. No pretendáis ya buscar barcos ebrios, ni Armagedones en los que el dragón y el águila libren el combate supremo. No sigáis buscando el pato de la duda en los labios bermejos, pues ya hemos renunciado todos a ese perfume.

## Bajo el techo de un tocador

De repente, como si un volcán entrase en erupción bajo el techo del tocador de una dama, en el preciso momento en que Francia va a recibir su primer golpe mortal, surge como un surtidor una pasión negra igual que el fondo de un pozo. He dicho pasión y no pis tibio salido de la grasienta vejiga de un impresor. Todo odio personal implica una pasión, incluso cuando su único objeto es el Creador. Isidore sólo tenía un odio mortal, un solo odio en un mundo en el que, para emplear la fórmula lapidaria de un genio francés, hasta un paseo a pie cuesta dinero.

Ningún mundo tan triste para alguien provisto de alas que el mundo del siglo XIX. ¿Qué hacer entonces? Remontar el vuelo. Huir. Planear a la misma altura que el albatros. Pero, ¿en qué dirección? ¿Hacia dónde? Antes de nada, echarse a volar, tal es la moral del siglo XIX. Y dejar que el mundo de los caracoles y las boas se vaya al fondo como un corcho enfermo.

Los críticos acostumbra a interesarse por el estilo y cosas así. Pero en este caso no se puede hablar de estilo. Había pasado de estilo incluso antes de figurar sobre el papel. A ver si queda claro que tenemos ante nosotros a un beduino en una fábrica de botones.

Cuando Isidore llegó a París, el mundo entero se deslizaba por la pendiente. Una auténtica pista de tobogán; claro que, como puede muy bien imaginarse, todo esto ocurría en el inconsciente. ¡Y qué caídal! Algunos fatuos como Wordsworth, Tennyson, etcétera, plantaban los dedos de sus pies en el blando tímpano del Paraíso. Luego comenzó una serie de asesinatos de los más inmorales, que pronto adquiriría auténticas dimensiones de pogrom. (No hemos hecho más que empezar... nos esperan sucesos mucho más apasionantes, no os excitéis.) Cuando se hizo imposible ocultar por más tiempo la ruptura se produjo una fusión, una auténtica obra maestra de la soldadura, y el sueño y la realidad se dieron la mano como dos boxeadores sobre un ring.

El hombre que había separado los dos campos de un serrotazo, se replegó sobre sí mismo igual que una navaja. Fue como si en plena calle hubiese serrado en dos a la Virgen María, hubiese disparado después un pistoletazo para hostigar a la policía y se hubiese puesto tranquilamente a la cola de un parada de autobús, para luego, en un cruce de calles totalmente imprevisto, tomar un vehículo más apropiado.

Por regla general, cuando se atrapaba a algún hombre de esa clase se le hacía vestir la camisa de fuerza. Pero nada de eso valía con Isidore. Este vivió siempre fuera de alcance. Escribió en el cielo anuncios publicitarios que, leídos al revés, siempre dan Maldoror. Un gruñido dorado de puro despecho, de pura malicia, de vituperación. Se oye allí el gruñido del oro, del oro puro, no del ya lavado. Como también se encuentra el mal en estado puro, no ese sucedáneo para viejas y oficinistas. (¿Qué poco mal auténtico hay en este mundo! ¡Y cuánto oro! ¿Y qué significan todos esos crucifijos negros?). «HEMOS LLEGADO A LO REAL EN LO QUE SE REFIERE A LA TARANTULA».

## Una bomba con espoleta retardada

El estilo, el efecto, la intención, todo es monstruoso en esta biblia negra, monstruoso como lo es el retrato de Kali. Y como lo son igualmente las matemáticas, si bien se examina. Y como las buenas acciones y también el Creador, visto desde aquí abajo. ¿Y es que de otro modo no sería todo demasiado simple, no ocurriría como en un hermoso sueño que se agriasse de repente? ¿Y por qué estos pocos monstruos en un mundo abarrotado de imbéciles y de ángeles? En la lengua maldita de Maldoror: «Les aconsejaría que mamaran de la verga del crimen, pues ya hay uno que lo ha hecho». No se trata, nada más evidente, de un lenguaje cortesano, pero tampoco de la palabrería de un charlatán.

Así, en pleno siglo XIX, en el preciso momento en que los Minnesingers parecían tener vía libre, explotó una bomba con espoleta retardada. Fue una m... de las más negras. Y que, para colmo, salpicaba. Y he ahí que, casi un siglo después —¡cómo corre el progreso!— nos encontramos con una magnífica edición malva de una máquina infernal que, al mismo tiempo que volaba el embalaje, hacía saltar el embrión. Y es por eso por lo que todos nos parecemos de forma tan repugnante aun cuando no seamos todos ni hermosos ni contrahechos. Por eso somos como balas dum-dum que van a dar todas en el mismo blanco y que siempre aciertan al ojo de buey. Y el buey ni siquiera guiña el ojo. Es un matadero en donde el ojo de buey permanece de par en par abierto, siempre fijo y sin remordimientos. Lo ocurrido no pasó nunca porque sólo se trataba de una pesadilla. Está colgado del techo como un jamón que terminará pudriéndose. Apunta al acimut. A fin de cuentas va a trazar la más deliciosa de todas las figuras matemáticas, la asíntota. Todo se resume más o menos en eso. ■ H. M.